

Enfoque subalterno e historia latinoamericana*

(Nación, subalternidad y escritura de la Historia en el debate Mallon - Beverley)

Guillermo Bustos

Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador

Resumen

Este artículo recupera el alcance y los límites del debate entre Florencia Mallon y John Beverley, sobre el enfoque de subalternidad y poscolonialidad en América Latina. El autor destaca los puntos de vista, los problemas teóricos y epistemológicos desarrollados por ambos académicos. Afirma que el problema de fondo es la dificultad de representar al subalterno en el discurso disciplinario. Existe una asimetría y un límite epistemológico y ético entre la posición del historiador o del crítico literario y la del subalterno. Además, estos debates -según el autor- tienen que ver con la problemática del locus de enunciación y de las implicaciones de si se habla "desde" o "sobre" América Latina. El enfoque subalternista no solo amplía el espacio para la comprensión de la acción, iniciativa y la agencia del subalterno, sino también permite esbozar programas de investigación alternativos que den cuenta con mayor agudeza y complejidad analítica la tensión entre la práctica y el discurso académico (escritura de la historia) y la experiencia histórica de las clases subalternas.

Abstract

This article recovers the reach and the limits of the debate between Florencia Mallon and John Beverley, on the subalternity focus and postcoloniality in Latin America. The author highlights the points of view, the epistemological and theoretical problems developed by both academics. He affirms that the bottom problem is the difficulty of representing the subaltern in the disciplinary speech. It exists an asymmetry

** Este ensayo es una versión extendida de la ponencia que presenté al Primer encuentro de estudios culturales latinoamericanos: retos desde y sobre la región andina, organizado por la Universidad Andina Simón Bolívar, Quito, entre el 13 y 15 de junio de 2001. Agradezco los comentarios que en esa ocasión me hicieron Alberto Florez Malagón, Fernando Coronil y John Beverley. Este ensayo y las ponencias de dicho ensayo serán publicados próximamente por Catherine Walsh, (comp.), *Estudios culturales latinoamericanos: retos desde y sobre la región andina*, UASB- ABYA YALA, Quito, 2002.*

and epistemological and ethical limit among the historian's position or of the literary critic and the subaltern. Besides, these debates -according to the author - have to do with the problem of the enunciation locus and of the implications of if one speaks «from» or «about» Latin America. The subaltern focus non alone enlarges the space for the understanding of the action, initiative and the agency of the subaltern, it also allows to sketch alternative investigation programs that give with bigger sharpness and analytic complexity the tension between the practice and the academic speech (the writing of history) and the historical experience of the subaltern classes.

Palabras claves

Enfoque subalternista, clases subalternas, historia alternativa, historia social, latinoamericanistas, manejo de fuentes, posmoderno, poder interpretativo, dominación, agencia, crítica nacionalista, análisis social y cultural.

E E E

I

*En los últimos años, el enfoque desarrollado por el Grupo de Estudios Subalternos de la India ha alcanzado una enorme resonancia en el mundo académico anglosajón y, paulatinamente, ha atraído la atención de diferentes comunidades académicas de otros lugares del mundo. La producción de este grupo de intelectuales, cuyo núcleo central estuvo constituido principalmente por historiadores, ha ejercido una creciente influencia sobre una variedad de campos disciplinarios e interdisciplinarios. La colección editorial denominada *Subaltern Studies*, que recoge las intervenciones del grupo desde 1982, así como las publicaciones individuales de sus integrantes, muestran la manera sofisticada en que estos estudiosos han entrelazado teoría y práctica investigativa, dentro de una perspectiva política radical.¹*

*1. Dos evaluaciones de la trayectoria del grupo y de sus aportes escritas por dos notables miembros de este colectivo son: Gyan Prakash, "Subaltern Studies as Postcolonial Criticism". *American Historical Review* 99:5 (1994); y Dipesh Chakrabarty, "Subaltern Studies and Postcolonial Historiography". *Nepantla: Views from South* 1:1 (2000)*

En el presente ensayo quiero concentrarme en un caso que ilustra la recepción del enfoque subalternista por parte de los estudiosos de Latinoamérica.² Con este propósito quiero detenerme en las intervenciones que dos distinguidos latinoamericanistas han realizado sobre la relevancia, alcances, y problemáticas que se desprenden de la aplicación del enfoque subalternista en la escritura de la historia. Se trata específicamente de analizar las intervenciones de la historiadora Florencia Mallon y del crítico cultural John Beverly, ambos autores de fundamentales contribuciones en sus respectivas áreas de especialización.³ Conviene señalar brevemente dos cuestiones que enmarcan este debate. Primero, el intercambio se mantuvo dentro del nicho de los latinoamericanistas que laboran en el ambiente académico norteamericano, el cual, como se sabe, está compuesto por una población docente multinacional. Segundo, si atendemos a los momentos iniciales de la recepción del enfoque, como sabemos, el autodenominado Grupo de Estudios Subalternos Latinoamericano, organizado a inicios de los años noventa, fue el primer colectivo que dio la bienvenida al enfoque adoptándolo como su emblema de acción. Este grupo estuvo integrado en su mayoría por críticos literarios. Este par de cuestiones informan aspectos presentes en el locus de enunciación del debate que a continuación analizamos.

La “Declaración de Fundación del Grupo de Estudios Subalternos Latinoamericano” fue presentada, por dicho

2. Varias entregas de la *Latin American Research Review*, entre 1990 y 1993, dan cuenta de invocaciones, comentarios y debates sobre la recepción del enfoque poscolonial y los estudios latinoamericanos previos al debate que nos ocupa. Florencia Mallon refiere estas discusiones en su artículo “The Promise and Dilemma...”

3. En la amplia bibliografía de Mallon se destaca: *The Defense of Community in Peru's Central Highlands: Peasant Struggle and Capitalist Transition, 1860-1940* (Princeton, 1983); coeditora de *Confronting Historical Paradigms: Peasants, Labor, and the Capitalist World-System in Africa and Latin America* (Wisconsin, 1992); y *Peasant and Nation. The Making of Postcolonial Mexico and Peru* (California, 1995). De la profusa producción de Beverly sobresale, en coautoría con Marc Zimmerman, *Literature and Politics in the Central American Revolutions* (Texas, 1990); *Against Literature* (Minnesota, 1993); y *Subalternity and Representation. Arguments in Cultural Theory* (Duke, 1999)

colectivo, como una suerte de relación programática de una nueva agenda política y académica para la región y sus estudiosos. El manifiesto destacó, de forma vaga, las limitaciones e inadecuaciones de los paradigmas (marxismo, dependentismo, teoría de la modernización) que han gobernado el análisis social de América Latina. Dichas limitaciones exigían, en la perspectiva del grupo, “un trabajo arqueológico en los intersticios de las formas de dominación”, con el fin de rescatar la agencia o iniciativa de los sectores subalternos, re-conceptualizar la nación y lo nacional, y visualizar de forma no-esencialista la categoría de clase, entre otros objetivos. Se trataba, en definitiva, de mostrar cómo los paradigmas del conocimiento social, incluido el marxismo, habían quedado atrapados en perspectivas elitistas. En su lugar, se decía, la representación de la subalternidad en Latinoamérica está vinculada con la posibilidad de que “el subalterno hable como un sujeto sociopolítico.”⁴

II

La primera evaluación general de la recepción del enfoque subalternista en los estudios latinoamericanos (desarrollados en Norteamérica), que incluye una discusión del manifiesto del Grupo de estudios subalternos latinoamericano, fue realizada por la historiadora Florencia Mallon (de la Universidad de Wisconsin) en el contexto de un foro organizado por la *American Historical Review*, en el cual también participaron el historiador de la India Gyan Prakash (Universidad de Princeton) y el africanista Frederick Cooper (Universidad de Michigan). El artículo de Mallon, intitulado “The Promise and Dilemma of Subaltern

4. La “Declaración de fundación del Grupo de Estudios Subalternos Latinoamericanos” ha aparecido en diversas publicaciones. La versión original en inglés consta en *The Postmodernism Debate in Latin America*, edited by J. Beverley, J. Oviedo, and M. Ahorna (Duke, 1995). En este ensayo utilizo la traducción al español que hizo Juan Cevallos Aguilar y que apareció en *Procesos, revista ecuatoriana de historia*, 10 (Quito, 1997).

Studies: Perspectives from Latin American History”,⁵ se ocupa precisamente de subrayar la potencialidad y de presentar las tensiones que emergen de la propuesta del Grupo de Estudios Subalternos de la India, así como de explorar la relevancia que la aplicación de este enfoque tendría para los estudios latinoamericanos. Mallon encuentra que el análisis de la subalternidad, según la “Declaración” del grupo latinoamericanista, está ampliamente desinformado de las contribuciones de la historia social latinoamericana y adolece de un predominio textualista restrictivo. Ambos rasgos, en general, estarían atravesados por un tono de esquematismo programático.

El reclamo de Mallon sobre la manera en que el manifiesto ignora, o invisibiliza, los múltiples aportes de la historia social en el área latinoamericana, a la luz de la extensa bibliografía que una pléyade de destacados historiadores sociales, entre los que se incluye la autora, han producido sobre una variedad de grupos subalternos (grupos étnicos, campesinos, esclavos, obreros, artesanos, mujeres, etc.), estudiados en diferentes períodos de la historia latinoamericana, resulta enteramente convincente. Era de esperarse que una crítica tan concluyente sobre la manera en que se han estudiado los grupos subalternos latinoamericanos, por parte de la “Declaración”, se construyera sobre un deslinde más informado. Mi adhesión a la crítica de Mallon, sin embargo, no pierde de vista la necesidad de cotejar más cuidadosamente los traslapes y diferencias entre la perspectiva de la historia social y el enfoque subalternista, asunto que merece atención particular y sobre el que volveré a propósito de documentar la réplica de Beverley. Volviendo a la crítica de Mallon, ella destaca, además, que la asimilación del enfoque subalternista, de acuerdo a la “Declaración”, se realiza sin un mínimo reconocimiento de los desarrollos de la llamada ‘historia social desde abajo’, variante radical de la historia social, y particularmente de la crítica que ésta formuló, a lo largo de los años ochenta, al cepalismo, dependentismo,

5. *American Historical Review*, 99:5 (1994).

marxismo y teoría del sistema mundial. Nuevamente, la crítica de Mallon a este respecto me parece enteramente pertinente; no obstante, debo también señalar que la empresa de revisión crítica de los paradigmas de las ciencias sociales latinoamericanas no fue una empresa escrita enteramente en idioma inglés. Por el contrario, esta fue desarrollada a la par, en el norte y en el sur, por algunos notables historiadores que laboraban desde la región andina, por ejemplo, y cuyos nombres, con la excepción del finado historiador peruano Alberto Flores-Galindo, no figuran en la extensísima bibliografía que documenta el ensayo de Mallon.⁶

El segundo cuestionamiento está enfocado contra la preeminencia del texto-centrismo deconstruccionista que, en clave derrideana, se singulariza como principal gesto investigativo de la “Declaración”. La desconfianza de Mallon frente al protagonismo del análisis textual le lleva, por contrapartida, a enarbolar un programa de investigación empíricamente informado. La autora advierte una fuerte tensión en la agenda subalternista entre una técnica, informada por perspectivas posmodernas, y una perspectiva política, de corte pos-marxista radical. El primer componente de esta tensión se expresa, según Mallon, en una estrecha lectura posmoderna de los documentos, entendidos estos de manera genérica como “textos contruídos”, cuya lectura no deviene en la obtención de

6. Véase Carlos Sempat Assadourian, et. al., *Modos de Producción en América Latina* (Cuadernos de Pasado y Presente, Buenos Aires, 1973); Andrés Guerrero, *Los oligarcas del cacao* (El Conejo, Quito, 1980); Carlos Sempat Assadourian, *El Sistema de la Economía Colonial* (Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1982); Germán Colmenares, *Sociedad y Economía en el Valle del Cauca* (Universidad del Valle, Cali, 1983); Silvia Rivera Cusicanqui, *‘Oprimidos pero no Vencidos’. Luchas del campesinado aymara y qhechwa de Bolivia, 1900-1980* (Hisbol – Esutch, La Paz, 1984); Heinz R. Sonntag, *Duda, Certeza, Crisis. La evolución de las Ciencias Sociales de América Latina* (Nueva Sociedad, Caracas, 1988). Dos notables análisis que confrontan los desarrollos de la historia social con los paradigmas de las ciencias sociales son: Brooke Larson, “Shifting Views of Colonialism and Resistance” *Radical History Review* 27 (1983); y Steve Stern, “Feudalism, Capitalism, and the World-System in the Perspective of Latin America and the Caribbean”, *American Historical Review* 93:4 (1988).

una verdad transparente, si uno se atiene a los reparos de las posiciones posmodernas más extremas. Los críticos literarios habrían asimilado ampliamente este tipo de aproximación posmoderna y la habrían puesto en operación preferentemente en fuentes publicadas. El segundo componente de esta tensión, según Mallon, se expresa en “el interés disciplinario del historiador [con el cual ella obviamente se identifica] de leer los documentos, almacenados en los archivos, como ‘ventanas’, no obstante neblinosas e imperfectas, de las vidas de las gentes”.⁷ Uno puede pensar que este segundo componente de la tensión, con el cual la autora se identifica, está más alineado con una perspectiva política radical que con la prevalencia de cualquier lectura técnica de los textos, según aludí líneas atrás.

La presunción de que los documentos que reposan en los archivos no son del todo “textos contruidos”, en el sentido posmoderno del término, y de que el historiador los usa como “ventanas ... neblinosas”, al parecer no fue formulada por su autora para defender alguna comprensión de tipo positivista de la labor del historiador. Prueba de ello es que la autora, seguidamente, reconoce que tanto el archivo como cualquier otro campo de investigación “son arenas contruidas en las cuales las luchas de poder -incluidas las generadas por nuestra propia presencia [como investigadores]- actúan para definir y obscurecer las fuentes y la información a la cual accedemos”.⁸ Su punto de crítica parece dirigirse, más bien, a establecer una distinción entre la problemática que rodea el manejo de las fuentes publicadas de aquellas que no lo son: “los procesos de producción y preservación de las fuentes provenientes de los archivos de las que han sido publicadas son distintos. Las relaciones sociales que acompañan la lectura de una u otra son también diferentes.”⁹ Entonces, “lo que yo objeto”,

7. Todas las traducciones del inglés al español que aparecen en este ensayo son mías. Esta cita corresponde a “The Promise and Dilemma”, p. 1506.

8. Ibid., p. 1507.

9. Ibid., p. 1508.

dice Mallon, “es el privilegio del análisis textual y de las fuentes literarias a costa o en desmedro del trabajo de archivo o de campo, tanto como la tendencia a asumir que todos son textos contruidos y que, por lo tanto, el uno puede sustituir al otro”.¹⁰

La crítica anotada fue desarrollada ampliamente en su posterior libro *Peasant and Nation. The Making of Postcolonial Mexico and Peru* (1995), el que se presenta como resultado de más de una década de investigación en archivos de varias latitudes. Este libro constituye un ambicioso y admirable programa de investigación desarrollado con el propósito de historizar al subalterno. El trabajo analiza cuatro procesos de resistencia regional y campesina ocurridos en el s. XIX, en el contexto de invasiones extranjeras. Los dos principales casos estudiados corresponden a la sierra norte de Puebla (1853-1876), en México, a propósito de la invasión francesa; y a Junín, en la sierra central del Perú, durante la invasión chilena en la llamada Guerra del Pacífico (1879-84). También se analizan los casos de Morelos (México) y Cajamarca (Perú).

Las múltiples reseñas y comentarios que *Peasant and Nation* ha merecido me relevan, en parte, de volver a referir los distintos ámbitos en que la obra contribuye, de manera particular, a la historiografía latinoamericana y, en general, a los estudios latinoamericanos.¹¹ Solo con el propósito de ilustrar rápidamente los aspectos que la crítica ha destacado de este libro enumero los tres niveles que me parece han concentrado la atención. En primer lugar está el nivel teórico que informa el desarrollo del libro, expresado en la manera reflexiva en que la autora emplea algunos conceptos centrales del análisis social y cultural (*v. gr.* hegemonía, poder, etc). En segundo lugar se destaca el asunto de la

10. *Ibid.*

11. Entre los principales comentarios críticos que la obra de Mallon ha suscitado puede consultarse los artículos de John Tutino y Tulio Halperín Donghi en *Historia Mexicana* XLVI:3 (1997); entre las reseñas puede destacarse la de Jeremy Adelman en *Comparative Studies in Society and History* 40:2 (1998) y la de Nils Jacobsen en la *American Historical Review* (June 1995), entre muchas otras.

(agency) agencia / iniciativa de los campesinos que, como se desprende de los casos estudiados, no sufrieron pasivamente la dominación y por el contrario fueron capaces de emprender una serie de negociaciones y de esbozar proyectos alternativos a los de las élites. La comprensión de la política de los grupos subalternos, en este caso de los campesinos, se plantea “como una combinación de dominación y resistencia”. En tercer lugar, se han destacado los alcances y las implicaciones de las experiencias concretas analizadas para reconsiderar los procesos más generales de constitución nacional en Latinoamérica y del papel que cumplieron los nacionalismos populares.

*Además de lo señalado, quiero incluir un punto adicional que la obra de Mallon convoca a discutir y que hasta el momento no ha merecido la atención debida. Se trata de la relación entre historiografía y nacionalismo. El asunto que quiero subrayar no tiene que ver tanto con la denuncia, impugnación, o explicitación de limitaciones que ha recibido, de manera justificada, el género de las llamadas “historias oficiales” por parte de los avances, principalmente, de la historia social latinoamericana. Bajo esta perspectiva, la relación historiografía y nacionalismo se ha entendido de la siguiente manera: las obras de historia social se ubican bajo el membrete de historiografía y aparecen investidas de un halo de saber científico; al otro lado están las ‘historias oficiales’ situadas bajo el rótulo de nacionalismo y caracterizadas como productos inherentemente limitados a intereses de clase (elitarios) y modeladas por ideologías nacionalistas de diverso cuño. El punto que quiero destacar del libro de Mallon es que si bien participa en cierta medida de esta perspectiva, lo más importante es que también la desborda. En un pasaje de *Peasant and Nation*, la autora evoca la trayectoria de su empresa de indagación histórica desde el trajín por polvorientos archivos hasta la confección de una escritura histórica alumbrada por la búsqueda de un descentramiento. La autora no se conforma con alistarse en las filas contestarias a las historias del *status quo*. Da un paso más*

allá y se observa a sí misma en el proceso de interrogación del pasado, en un gesto que tiene evidente inspiración posmoderna. Al reconocerse como constructora de esta novedosa narrativa histórica, la autora se descubre poseedora de un poder de representación del pasado y nos dice lo siguiente a este respecto: “estoy demoliendo historias oficiales solo para construir unas de nuevo tipo. No obstante, mis esfuerzos darán frutos sólo si tengo el deseo de escuchar, de abrir mi narrativa a voces e interpretaciones contrarias, a batallar por evitar caer en el papel del narrador omnisciente o positivista.”¹²

La distancia que la autora busca tomar de la figura de la narradora histórica omnisciente o positivista, así como el esfuerzo de ‘mirarse’ en el proceso de ‘mirar el pasado’, nos invita a pensar el locus de enunciación de Mallon. Nos convoca a devolver la mirada sobre el nacionalismo y el poder a la propia voz que habla en *Peasant and Nation*. Esto es precisamente lo que ha hecho Tulio Halperin Donghi en un ensayo que sobre esta obra ha escrito con una agudeza exquisita.¹³ A pesar de que este es un asunto extraordinariamente interesante, me veo en la necesidad de interrumpir su consideración para anunciar que volveré a ocuparme de él en la última sección del presente ensayo.

III

Uno de los nombres que desde la crítica literaria y cultural ha reflexionado con mayor penetración sobre el enfoque subalterno y el campo de los estudios latinoamericanos ha sido John Beverley. Habiendo sido uno de los fundadores más prominentes del primer grupo de estudiosos que invocó este enfoque como emblema, Beverley articuló, en sucesivas entregas, una respuesta a las apreciaciones críticas de la historiadora Florencia Mallon a la luz de una preocupación más general, y a la vez más compleja, sobre las maneras y las dificultades que el conocimiento

12. *Peasant and Nation*, p. 20.

13. “Campesinado y Nación”, *Historia Mexicana* XLVI:3 (1996)

académico enfrenta a la hora de buscar representar a los subalternos. La primera reacción de Beverley apareció como una entrevista en la publicación *Journal of Latin American Cultural Studies*, en 1997. Nuevamente volvió sobre el tema en algunas secciones de su libro *Subalternity and Representation* (1999), y seguidamente en el artículo de postura "The Dilemma of Subaltern Studies at Duke".¹⁴ Antes que ofrecer un resumen secuencial de las aseveraciones de este autor, seguidamente, establezco los puntos que, en mi opinión, mejor revelan su reacción.

a) En relación al acumulado del estudio sobre los sectores subalternos latinoamericanos, realizado por sociólogos, antropólogos e historiadores, Beverley acepta que esta tarea ha sido cultivada desde hace tiempo, no obstante juzga que ha sido desarrollada "sin necesariamente adoptar una perspectiva subalternista." Puntualiza, además, que si bien varios historiadores sociales habían mostrado preocupaciones políticas y filosóficas parecidas a las de los subalternistas, ninguno había "elevado el tema de la subalternidad al nivel teórico que el Grupo Surasiático lo había hecho."¹⁵ Aunque Beverley no es explícito en señalar las limitaciones de los historiadores sociales a la hora de estudiar la subalternidad, me parece que se puede aceptar la existencia de diferencias importantes entre la agenda subalternista y la de los historiadores sociales.¹⁶ No obstante la invalidación de los desarrollos de la historia social a nombre de una perspectiva que se presenta como teóricamente correcta pareciera reclamar una suerte de vanguardia intelectual o política, o simplemente caer en lo que Hernán Vidal llamó "crítica literaria tecnocrática".¹⁷

14. "Negotiating with the Disciplines. A Conversation on Latin American Subaltern Studies", with James Sanders, *Journal of Latin American Cultural Studies* 6:2 (1997); *Subalternity and Representation. Arguments in Cultural Theory* (Duke, 1999); y "The Dilemma of Subaltern Studies at Duke", *Nepantla: Views from South* 1:1 (2000)

15. "Negotiating with the Disciplines", pp. 235 y 236.

16. Estas diferencias son delineadas en los ensayos de Prakash y Chakrabarty referidos en la nota 1.

17. Esta se refiere a que cuando un nuevo paradigma analítico se introduce, el acumulado de esfuerzos semejantes realizado en el pasado se invalida o se coloca en la penumbra.

Más allá de las posibles susceptibilidades que una afirmación como la de Beverley pueda provocar, me parece que queda intocado un problema de mayor sustancia en regiones como la comunidad andina de naciones. Este problema se refiere a la manera en que las narrativas históricas alternativas (tipo historia social, subalternista o de otro cuño) circulan o son asimiladas, en este caso, por las heterogéneas sociedades andinas contemporáneas. En síntesis valdría la pena preguntarnos cuál ha sido la recepción de trabajos como el de Germán Colmenares o de Steve Stern, de manera específica en los sistemas escolares, en los núcleos de cultura académica, en los nichos de cultura erudita local, etc. Puesto de otra manera: ¿cómo los subalternos de la periferia han reaccionado, consumido, o han permanecido indiferentes ante las representaciones que sobre los subalternos han elaborado la historia, la crítica literaria, la antropología, etc? ¿De qué manera los movimientos sociales de los países andinos incorporaron estas representaciones del subalterno? ¿Cuáles y de qué manera los discursos históricos adquieren una relevancia social?

*b) La respuesta a la pregunta de por qué los estudios subalternos encuentran una mayor audiencia inicialmente en el campo de la crítica literaria, y no en la historiografía como podría haberse esperado, encuentra una clave importante en la reflexión que Beverley realiza sobre la trayectoria de los estudios literarios y en la suerte de teorización de la crisis de la crítica literaria, que muy agudamente formula. El señala que a partir de la consideración de los desafíos que planteó *La ciudad letrada* (1982), del crítico literario uruguayo Angel Rama, la genealogía de la empresa literaria descubrió una perenne imbricación con las estructuras de poder vigentes desde su origen en la tradición letrada colonial. La revisión del proyecto de la empresa literaria, como creación, crítica o forma pedagógica, desembocó en una abierta crisis en el contexto del ocaso de los proyectos de liberación nacional que se escenificaron en Centroamérica en los años*

ochenta. A la luz de dicha crisis y utilizando un instrumental proveniente del pos-estructuralismo y de la semiótica, los críticos culturales radicales habrían desbordado los marcos de comprensión más formales de la literatura y empezaron a interesarse por una consideración más general del rol de las instituciones culturales en la creación de relaciones de poder, clase y diferenciación étnica. En ese contexto, según anota Beverley, se operó 'el giro subalternista' de los críticos literarios, que "fue una forma de teorizar los límites de nuestro propio trabajo". Empero, "nada similar sucedió en la historia."¹⁸

c) Como sabemos, *Peasant and Nation* muestra que las comunidades campesinas tuvieron un papel decisivo en los procesos de formación estatal en México y Perú. Precisamente por esto, Beverley afirma que la narrativa de Mallon se desarrolla dentro de una suerte de "proyecto representacional", en virtud del cual los subalternos alcanzan finalmente un lugar dentro del gran fresco nacional. Este logro historiográfico, desde la perspectiva de la historia social, se convierte a ojos de Beverley en una limitación, en la medida que una narrativa histórica de este tipo no es otra cosa que la "biografía del estado-nación". Beverley cree que en vez de mostrar a plenitud la separación que había entre los subalternos y el proyecto de estado nacional, la narrativa de Mallon "sutura una brecha social y conceptual que mejor sería dejarla abierta". Siguiendo al historiador Ranajid Guha, Beverley sostiene que en este caso la tarea historiográfica debía mostrar "la manera en que la insurgencia campesina 'interrumpe' la narrativa de la formación estatal."¹⁹

d) La crítica anterior nos remite a un problema más amplio sobre la dificultad de representar al subalterno o, dicho de otra manera, nos aproxima a constatar los límites del

18. "Negotiating with the Disciplines", p. 235.

19. "Negotiating with the Disciplines", pp. 241 y 243; *Subalternity and Representation*, p. 36.

trabajo del historiador. Al tratar esta dificultad, Beverley evoca la debatida interrogante que hace tiempo lanzara la crítica cultural Gayatri Spivak: “¿Puede el subalterno hablar?”. El interrogante de Spivak apuntaba a que si el subalterno pudiera hablar -esto es hablar en una forma que realmente ejerciera un impacto- entonces no habría sido subalterno. Siguiendo esta perspectiva, Beverley cuestiona “si es realmente posible representar al subalterno desde la posición disciplinaria del historiador o del crítico literario, esto es desde la posición institucional de la cultura dominante.” Su respuesta es que debido a la asimetría entre la posición del historiador o del crítico literario y la del subalterno, hay tanto un límite epistemológico y ético, como una brecha, que no se puede salvar entre ambas posiciones. Por esta razón Beverley sostiene que el meollo del trabajo intelectual o académico, según la perspectiva de los estudios subalternos, “no es tanto [representar] al subalterno como un sujeto socio-histórico concreto, sino [se encuentra en] la dificultad de representarlo como tal en nuestro discurso disciplinario y en la práctica dentro del mundo académico.”²⁰

e) Finalmente, Beverley encuentra que Mallon a pesar de los esfuerzos que despliega, ve la historia de una manera positivista, en virtud de la cual ella se sitúa en el centro del acto de representar y conocer. En esta perspectiva Mallon casi no abandona el rol de narradora omnisciente. Para representar un diálogo verdadero, Beverley argumenta, y aquí debemos retomar los puntos de los acápites anteriores, ella habría tenido que desarrollar una narrativa que fuera interrumpida por otras formas de narrativa orales o escritas provenientes de los actores del pasado o de los intelectuales locales. En lugar de esto, Mallon en *Peasant and Nation*, lo que hace “es escribir ... la biografía del estado-nación, mostrando en esa narrativa la presencia de formas de agencia subalterna que otros relatos -v. gr.

20. *Subalternity and Representation*, pp. 1-20; “Negotiating with the Disciplines”, pp. 253 y 254.

las 'historias oficiales'-podrían haber ignorado. No obstante, de esta forma, el marco de la nación y de la inevitabilidad de su presente (tanto como la autoridad de la historia y la propia autoridad de Mallon como historiadora) permanece intacto".²¹

¿Cómo podría Mallon haber sido consecuente con sus propósitos? La respuesta que Beverley proporciona a este respecto es breve y, especialmente, limitada a exaltar el modelo de trabajo historiográfico que Ranajid Guha desarrolló, particularmente, en *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India* (1983). Dicha respuesta, como ya sabemos, tiene que ver con la manera en que la narrativa de Mallon y de la construcción del estado-nación podrían haber sido "interrumpidas" por las voces locales. Según Beverley, Guha "rompe con la diacronía" de la narrativa del estado-nación al momento de representar las insurgencias campesinas, de manera modélica, mostrando cómo a partir de la intransigencia y resistencia campesina, el Estado se ve en la necesidad de modificar sus estrategias y formas de trato con los subalternos. Sin embargo, la narrativa de Guha habría cuidado, según Beverley, de preservar que la representación histórica de las insurgencias campesinas muestre la posibilidad de que ellas contengan una historia que fue sepultada y olvidada, mostrando una forma de Estado distinta y otra forma de tiempo, por ejemplo.²²

IV

En esta última sección quiero concluir esbozando determinados problemas generales y algunos desafíos que emergen de los asuntos tratados. Como hemos visto, este debate se ha desenvuelto dentro de los términos del latinoamericanismo norteamericano. En diferentes partes he ido deslizado adhesiones, deslindes o acuerdos parciales con los argumentos presentados por sus autores.

21. *Subalternity and Representation*, pp. 36 y 37.

22. *Ibid.*

Estoy persuadido de que los estudiosos de Latinoamérica, tanto los que trabajamos en la periferia como los que laboran en la metrópoli, podemos aprender del intercambio reseñado y, mucho más, de la manera en que reflexionemos sobre los puntos cruciales del mismo. Seguidamente me detengo brevemente en cuatro problemas generales: el acceso al corpus subalternista, la crítica al nacionalismo en la operación historiográfica, la acción del subalterno y, finalmente, el acecho del positivismo.

a) En primer lugar, cabe meditar sobre el asunto del idioma en el que se ha desarrollado (o difundido) el enfoque subalterno y en el que se ha formulado el debate revisado. Como sabemos, el asunto de que la producción académica mencionada discorra en idioma inglés forma parte del hecho de que dicha lengua se convirtió en el principal idioma académico del mundo contemporáneo y de que el idioma español ocupa un lugar secundario en este contexto. A la hora de revisar la cronología de las traducciones de los autores subalternistas al español salta a la vista lo tardío y limitado de tal empresa, aunque se haya dinamizado en los últimos años. Todavía, estas traducciones se pueden contar con los dedos de la mano.²³ No obstante, sorprende que ninguno de los participantes en el debate, de quién habla por el subalterno en Latinoamérica, se haya ocupado del acceso de la audiencia académica e intelectual de América Latina al enfoque subalterno. Llamo la atención sobre este asunto no tanto porque quiera lamentarme de las deficiencias de la enseñanza de una segunda lengua, en este caso del idioma inglés, en los sistemas educativos latinoamericanos, reclamar el descuido de las casas editoriales del mundo hispanoamericano de traducir la producción subalternista, o señalar las tensiones o inconsistencias del latinoamericanismo progresista de la academia metropolitana. Lo que pretendo más bien en este caso es subrayar el acceso diferenciado que los académicos

23. Debates postcoloniales (La Paz, 1997); Historia y Grafía, N° 12 (México, 1999); y recientemente Pasados poscoloniales (Buenos Aires, 2000) bajo el sello institucional de CLACSO.

o intelectuales del sur tienen respecto a ese tipo de debates y la consiguiente configuración de situaciones de subalternidad en las que se ven situados segmentos importantes de la audiencia intelectual latinoamericana por este motivo.

El asunto del idioma y del acceso diferenciado a los debates poscoloniales tiene que ver concomitantemente con la problemática del locus de enunciación y de las implicaciones de si se habla ‘desde’ o ‘sobre’ Latinoamérica. Hablar desde o sobre me parece que tiene que ver en el caso del debate Mallon-Beverley, entre otros rasgos, con quienes estos autores consideran sus interlocutores centrales en el debate académico; con la manera en que la región latinoamericana cuenta a la economía de dicho debate, sea como proveedora de objetos de investigación o como productora de conocimiento; y con la manera en que se represente -o no- las voces de los investigadores latinoamericanos locales o supranacionales que están fuera del nicho del latinoamericanismo norteamericano, y que tiene que ver con la audiencia-objetivo de las producciones académicas. Por esta razón, si bien es posible evaluar el intercambio entre Mallon y Beverley acerca de quien habla ‘sobre’ el subalterno, en el caso de la recepción del enfoque subalternista por parte de los estudiosos cuyo locus de enunciación se configura a partir de algún lugar de Latinoamérica, resulta prematuro intentar alguna evaluación que siga las líneas del debate aludido. No obstante, queda pendiente la realización de una evaluación más sistemática sobre la manera en que la historia, la crítica literaria y las ciencias sociales, en general, en Latinoamérica, han representado al subalterno antes de la importación del enfoque subalterno, o a la luz de los interrogantes que este presenta.

b) En segundo lugar, quiero retomar el tema del entrapamiento de la historia como “biografía de la nación” y la demanda de que la narrativa histórica subalternista, según la insistencia de Beverley, debe “interrumpir” el relato

(elitista) de la nación, para alcanzar un estatuto efectivamente subalternista. Como hemos visto, la tesis de Beverley parte del supuesto, más alegado que sustentado, que inclusive las narrativas más radicales de los historiadores sociales se han visto atrapadas en la perspectiva de un “proyecto representacional” de la nación. De acuerdo a este proyecto “nada cambia en el pasado porque el pasado se ha ido, pero tampoco nada cambia en el presente, en el sentido que la historia como tal, no modifica las relaciones de dominación y subordinación existentes.” En el caso del proyecto de Mallon, y por extensión de la historia social latinoamericana, en la biografía del estado-nación se busca incluir la presencia de formas de agencia subalterna que fueron previamente omitidas de las historias oficiales. No obstante este aparente logro, Beverley sostiene que este tipo de inclusión “deja el marco de la nación y la inevitabilidad de su presente (tanto como la autoridad de la historia [y la del historiador]...) intacta”.²⁴

La crítica de Beverley me parece de un enorme potencial analítico aunque advierto en ella un apresuramiento. Dicho apresuramiento consiste, de un lado, en que un cuestionamiento tan fuerte como ingenioso sobre las limitaciones de la empresa de la historia social necesita de una demostración o documentación de mayor amplitud y rigor. De otro lado, la afirmación de que la historiografía no cambia el pasado ni el presente, pierde de vista la manera en que la historia como relato funciona dentro de contextos específicos de poder; me refiero a las maneras en que determinados actores sociales usan una determinada lectura del pasado para adelantar la consecución de sus objetivos. Se ha desarrollado una interesante reflexión entre historiadores y antropólogos, en los últimos años, respecto a cómo la historia en términos de pasado y conocimiento constituye uno de los espacios del presente en que opera la “lucha por el poder interpretativo”.²⁵

24. *Subalternity and Representation*, pp. 33 y 36.

25. Carlos Espinosa, “La mascarada del Inca: una investigación sobre el teatro político en la colonia”, *Miscelánea Histórica Ecuatoriana*, II, Museos del Banco Central (Quito, 1989); Sabine MacCormack, “ ‘En

Volviendo al asunto del potencial analítico que se desprende de la crítica-provocación de Beverley, creo que ésta podría haberse formulado mejor como una interrogación: ¿En qué medida las representaciones de los grupos subalternos, elaboradas por la historia social latinoamericana, han alterado (o no) la comprensión elitista de los procesos de formación nacional? ¿Cuál es la relación entre el ejercicio de escritura de la historia, el nacionalismo y los contextos de poder? ¿De qué manera el panteón nacional creado por las historias oficiales, compuesto por una galería de conquistadores, presidentes, generales, obispos, y notables, se ha visto trastocado por el ingreso de un cortejo de representantes de grupos anteriormente ausentes, v. gr., indígenas, obreros, campesinos, y últimamente mujeres, presentados por los relatos de la historia social y económica que se desarrolló desde fines de los años setenta? ¿Cómo circularon y fueron asimiladas las narrativas históricas que buscaban democratizar el pasado en el contexto tremendamente inequitativo de las heterogéneas sociedades andinas? Estas preguntas, están limitadas a la producción histórica académica o profesional y por lo tanto dejan fuera de lado otros numerosos espacios en que la historia también se produce, y quizá con un impacto más masivo, como los medios de comunicación, el cine, los rituales cívicos, los museos, etc.

En vista de que la crítica de Beverley apunta al desafío de escribir la historia de la formación nacional de una manera diferente, cabe entonces interrogarse cómo se puede escribir un relato que “interrumpa” la teleología del Estado-nación y deconstruya la ideología que lo sustenta, o de si es posible escribir un relato histórico desentendido o inmune a los gérmenes del nacionalismo en cualquiera de sus variantes. Buscando volver inteligible los términos generales del significado de este desafío, que a mi me parece nos convoca a la búsqueda de una comprensión dotada de

*los tiempos muy antiguos...’ Cómo se recordaba el pasado en el Perú de la colonia temprana”, *Procesos. Revista ecuatoriana de historia*, 7 (Quito, 1995); Joanne Rappaport, *Cumbe Reborn. An Andean Ethnography of History* (Chicago, 1994).*

una historicidad más radical o plena, se me ocurre asimilar la tarea del historiador (subalternista) a la de un tipo particular de restaurador de la arquitectura. Una ‘intervención’ de tipo subalternista buscaría ‘preservar’ una determinada edificación mostrándola como un palimpsesto que exponga, sin borraduras, subterfugios o disimulo, las sucesivas transformaciones e intervenciones que ha experimentado con el paso del tiempo. En otras palabras, una restauración de este tipo buscaría destacar las marcas de los usos de la edificación y las intervenciones anteriores para permitir leer dichas marcas como huellas de las acciones de unos actores históricos concretos: en síntesis, cómo una determinada edificación ha llegado a ser lo que es.

Una mirada a los escritos de autores subalternistas como Shahid Amin o Dipesh Chakrabarty puede brindar una estimulante inspiración a este respecto. Amin escribe sobre un amotinamiento campesino ocurrido en 1922 en la localidad de Chauri Chaura, al norte de la India, que terminó con la muerte de un grupo de gendarmes policiales, al grito de viva Gandhi, y con el posterior juicio y condena a muerte de los campesinos involucrados. El autor se ocupa de su objeto de análisis en una doble perspectiva: como un evento y como una metáfora; como historia y como memoria. Analiza tanto del acontecimiento protagonizado por actores históricamente situados, así como la manera en que el evento se convirtió en una metáfora nacionalista y fue dotado de consecutivos y diferentes significados, a la luz de los cuales fue excluido y luego reintroducido en la memoria nacional. Nos muestra, de manera penetrante, cómo se elaboran y reelaboran las historias nacionalistas, las formas en que se construyen pasados compartidos y, a la vez, las maneras en que se “induce una amnesia nacional selectiva”. Apelando al análisis discursivo de fuentes oficiales, el relato de Amin descansa también en otras fuentes y en el trabajo de campo. No obstante, como nos dice, “concientemente he rehuido usar la historia oral como un condimento para animar la evidencia documental”

(...) “El trabajo de campo en este libro no fue emprendido para reemplazar el archivo colonial y nacionalista. En su lugar, fue situado dentro de una compleja relación de variación respecto del archivo oficial.” Se trata, entonces, de leer cada fuente como parte de una red entrelazada o imbricada de narrativas, por tanto “la incongruencia con los hechos conocidos no ha sido interpretada como una falla de la memoria, sino como un necesario elemento en el proceso de construcción del relato de Chauri Chaura.”²⁶

Entre el trabajo de Amin y la crítica de Beverley se encuentran paralelismos y diferencias interesantes. En un sentido profundo, la narrativa histórica sobre el amotinamiento de Chauri Chaura “interrumpe” el discurso oficial del nacionalismo Indio. No obstante, tal “interrupción” se desarrolla de manera diferente a la preocupación central de Beverley. Recordemos que él señalaba un mayor interés en mostrar la dificultad de representar al subalterno, en el discurso académico, antes que representar al subalterno como un actor concreto. Encuentro que la narrativa histórica de Amin presta igual atención a los dos planos que se presentan asimétricos para Beverley: se ocupa tanto del evento como un acontecimiento ocurrido en una fecha específica, como del evento en cuanto metáfora dentro del marco de los nacionalismos de la India. En vista de que Amin no está preocupado por subrayar uno de los dos planos sobre el otro, su objetivo se dirige más bien a establecer un entrelazamiento complejo entre ambos. En cierto sentido no se puede leer el uno desentendido del otro. El resultado final no constituye la elaboración de una narrativa de Chauri Chaura completamente alternativa, como admite su autor. Sin embargo, en otro plano, la diferencia radica en que el examen de las circunstancias que modelan “la amnesia selectiva oficial” permite escuchar los silencios sobre los que se monta la narrativa oficial. Una particularidad notable del análisis de Amin es que considera “los vacíos,

26. Shahid Amin, *Event, Metaphor, Memory. Chauri Chaura 1922-1992* (California – Oxford, 1995), las citas corresponden a las páginas 194, 197 y 198.

contradicciones y ambivalencias” de la evidencia “como componentes constitutivos” de los relatos históricos nacionalistas.²⁷ En el centro de este análisis se encuentra la cuestión del poder, como elemento “constitutivo” del relato histórico, y de la materialidad de la historia, esto es que “la materialidad del proceso socio-histórico” se expresa a partir de un conjunto de huellas que en el presente “límitan el margen y el significado de cualquier narrativa histórica.”²⁸

Chakrabarty, por su parte, sostiene que la inclusión de grupos minoritarios en la historia de la nación “ha desembocado en un asunto mucho más complejo que la simple aplicación de métodos ya establecidos a nuevos archivos o la adición de sus resultados al acumulado de la historiografía existente.” Este autor, dotado de una penetración analítica magistral, reflexiona sobre el tránsito, o mejor quizá debería decir radicalización, de la “historia de minorías” a la visualización de “pasados subalternos”. Si la “historia de minorías” ha acompañado o contribuido a democratizar el pasado y el presente, los “pasados subalternos” nos mostrarían los límites de las prácticas de la propia disciplina histórica.²⁹ De acuerdo a esta perspectiva, la crítica de Beverley se ubicaría en un

27. Gyan Prakash, “Subaltern Studies as Postcolonial Criticism”, *Op. Cit.*, p. 1488.

28. Dos trabajos que desarrollan magistralmente esta problemática son: Ranahid Guha, “La prosa de contra-insurgencia”, *Pasados poscoloniales*, *Op. Cit.*; y Michel-Rolph Trouillot, *Silencing the Past. Power and the Production of History* (Beacon, 1995). La cita de este último proviene de la p. 29.

29. La “historia de minorías” está compuesta por los relatos de grupos excluidos o sub-representados, no necesariamente minoritarios en el sentido cuantitativo, que se integran a la historia de una determinada nación y refieren aquellas experiencias que “fueron designadas como ‘inferiores’ o ‘marginales’ en el lenguaje académico del historiador”. Los “pasados subalternos” “representan momentos o puntos en los cuales el archivo explorado por el historiador adquiere un grado de irreductibilidad respecto a los objetivos de la historia profesional. En otras palabras, estos son pasados que resisten su historización”. Dipesh Chakrabarty, “Minority Histories, Subaltern Pasts”, *Provincializing Europe. Postcolonial Thought and Historical Difference* (Princeton, 2000), las citas pertenecen a las páginas 101, 106, 107.

punto intermedio al acentuar la manera en que la historia social toca sus linderos a la hora de representar la nación.

c) El asunto crucial de la acción, iniciativa o agencia del subalterno ha sido desarrollado, en la agenda subalternista, según Gyan Prakash, en medio de una tensión entre una posición que busca recuperar al subalterno “como un sujeto fuera del discurso de la élite”, y otra según la cual “el análisis de la subalternidad [se observa] como un efecto de sistemas discursivos.”³⁰ Tengo la impresión de que los planteamientos de Mallon y Beverley, respecto al tema de la agencia, reproducen en cierta medida esta tensión. La reflexión que Fernando Coronil elabora sobre la reputada interrogación de Spivak de si el subalterno puede o no hablar, me parece, introduce una manera provechosa de trabajar la tensión referida y permite “contrarrestar antes que confirmar el efecto silenciador de la dominación.” Coronil propone que “veamos al subalterno no como un sujeto soberano que activamente ocupa un lugar asignado, tampoco como un vasallo resultado de los efectos dispersos de múltiples determinaciones externas, sino como un agente de la construcción de su identidad que participa, bajo determinadas condiciones dentro de un campo de relaciones de poder, de la organización de una posicionalidad y subjetividad múltiple.”³¹

Quiero resaltar, que en la perspectiva de Coronil, la subalternidad es un concepto “relacional y relativo”. Tiene carácter relacional porque, al igual que la dominación, la subalternidad no es una característica inherente o de tipo esencialista: “la subalternidad define no el ser de un sujeto sino el estado de sujeción de un sujeto.” La subalternidad se caracteriza por ser relativa debido a que “hay momentos y lugares en los cuales los sujetos aparecen en el escenario social como actores subalternos, así como esos mismos

*30. Gyan Prakash, “Subaltern Studies as Postcolonial Criticism”, *Op. Cit.*, pp. 1480 y 1481.*

*31. Fernando Coronil, “Listening to the Subaltern: the Poetics of Neocolonial States”, *Poetics Today* 15:4 (1994), pp. 644-645, 648.*

actores pueden jugar un rol de dominadores en otros contextos.” No resulta extraño, por lo tanto, que en un contexto específico un determinado actor sea subalterno frente a otro y, a la vez, dominador de un tercero.³² Creo que la contribución de Coronil permite reflexionar la “agencia” de los actores históricos al margen de la romantización política del subalterno o de su enmudecimiento teórico. Pensar al subalterno en perspectiva histórica como parte de un efecto discursivo sin perder de vista su rol de agente, permite interrogar de manera más compleja y provechosa la historia como un proceso con sujetos que hacen la historia en condiciones que ellos no han elegido sino que les han sido legadas.

d) Como destacué previamente en la segunda sección de este ensayo, la historiadora Florencia Mallon, en *Peasant and Nation*, desarrolla una crítica a la manera positivista de desarrollar la labor de los historiadores. Al tiempo de observarse a sí misma en la labor de producción histórica, la autora muestra una explícita reticencia a convertirse en una narradora omnisciente y apuesta por desarrollar una perspectiva de trabajo dialógica, que le permita escuchar, dialogar, interpretar y dar un lugar, en su narrativa, a las voces de los subalternos y de los intelectuales locales. John Beverley, por su parte, como hemos visto, argumenta que el intento de Mallon de alejarse del modelo de relatora omnímoda no alcanza a ser plenamente consecuente y, por lo tanto, sucumbe ante el acecho positivista que, según sugiere, aparece fuertemente enraizado en la empresa historiográfica en general. Parte de ese legado positivista tiene que ver con la autoridad que reclama la disciplina histórica y sus practicantes y las bases en que se fundamenta tal autoridad.

La influencia o pervivencia del positivismo en la empresa historiográfica y en otros ámbitos analíticos es un tema de mayor complejidad del que aquí puedo apenas esbozar. Por el momento quiero concentrarme en el penúltimo capítulo

32. Fernando Coronil, *Ibid.*, pp. 648-649.

de Peasant and Nation que está dedicado a examinar el relato elaborado por una historiadora local como punto de partida del análisis de una problemática más general sobre intelectuales locales, hegemonía y política nacional. Me detengo en este pasaje porque permite, a la vez, ilustrar los términos en que Mallon analiza la voz de una intelectual local y considerar el asunto de las implicaciones positivistas en que su análisis incurriría, a su pesar. La materia que informa este fascinante capítulo, intitulado “Quién decide a quién corresponden estos huesos” (traducción de “Whose Bones Are They, Anyway, and Who Gets to Decide”), arranca con el seguimiento del destino que han tenido unas osamentas encontradas en la plaza central de Xochiapulco (Puebla), el significado que Donna Rivera, una profesora jubilada e historiadora local, atribuye a dichos huesos en relación a la historia nacional de México y la relectura que Mallon desarrolla sobre la interpretación de Rivera. A partir de este episodio, Mallon sitúa el relato de los huesos en el contexto del período posrevolucionario del decenio de 1930 y examina de manera novedosa el papel contradictorio de los intelectuales locales como mediadores de proyectos hegemónicos o contrahegemónicos, igualmente se detiene en los rituales e historias orales locales observados como espacios de confrontación. El asunto de los huesos de la plaza de Xochiapulco se torna contencioso a la hora de atribuir una identidad a los mismos. La versión oficial, consagrada por Donna Rivera, establece que las osamentas correspondían a los soldados franceses y austriacos que invadieron México a mediados del decenio de 1860 y que cayeron en una emboscada a manos de los defensores de Xochiapulco.

En el desarrollo de su análisis, Mallon se confronta de manera transparente y explícita con el entonces manuscrito de Donna Rivera. “He usado [el manuscrito de Rivera, dice Mallon] como un texto central de mi reconstrucción de la historia local, no obstante yo he adoptado una perspectiva analítica más omnisciente derivada de mi acceso más vasto a la documentación

archivística. Bajo estas circunstancias me resulta casi imposible no transformar su trabajo en folklore, a pesar, inclusive, de que sitúo la discusión como un diálogo entre intelectuales. Si ella está correcta en uno u otro pasaje, yo lo reconozco, pero si no lo está, mi información demuestra su error. Yo ejerzo el poder en mi posición como intelectual al no permitirle [en mi análisis] su respuesta.”³³ Seguidamente Mallon indica que Rivera, en su rol de intelectual local, también disfruta de un poder que tal posición le concede y que resulta similar al de ella aunque en otra esfera.

Si Beverley hubiera analizado esta aclaración quizá hubiera podido tomarla con el aforismo legal de que a confesión de parte, relevo de prueba. No obstante, la manera en que Mallon concede un lugar en su narrativa a la voz de Rivera es un asunto de más complejidad. Me resulta insatisfactorio situar el problema en términos de que la voz de Donna Rivera aparezca subrepresentada en el análisis de *Peasant and Nation*. Creo que el problema es de otro tipo pues, en verdad, Mallon registra la voz de Rivera *in extenso*: muestra la inicial desconfianza de Rivera; la manera en que ella negocia la posibilidad de brindarle acceso a su manuscrito; discute su idea central respecto a que los huesos pertenecían a los invasores y analiza las condiciones de posibilidad en que probablemente surgió esa elaboración; escudriña la manera en que la hegemonía nacional trabaja en los ámbitos locales, v. gr. Xochiapulco, incorporando de manera selectiva sus memorias locales, en este caso el evento de la nacionalidad de los huesos. En suma, para ser justo, Mallon realiza un sofisticado y atractivo análisis de la elaboración de uno de los “mitos” que informa las “historias oficiales” nacionales, permitiéndonos observar los engarces de lo local con lo nacional y el rol de los intelectuales en los juegos de poder y conocimiento que ocurren no en el ámbito más limitado del mundo académico, porque Rivera no es una intelectual de ese tipo, sino en el más amplio de la cultura política

33. *Peasant and Nation*, *Op Cit.*, p. 277.

nacional. No obstante, el análisis de Mallon sucumbe a la tentación positivista aunque no enteramente por las razones que alega Beverley.

Tulio Halperin Donghi señala a este respecto dos confusiones que en parte pueden hacerse extensivas a la crítica de Beverley. Señala, en primer lugar, que un autor, en general, sea este historiador o científico social, cree disfrutar de una indisputada soberanía con respecto a un objeto de estudio supuestamente pasivo. No obstante, esta vana (quizá vanidosa, también) presunción desconoce que “su objeto es capaz de devolverle la mirada.” En el caso de Mallon, dice: “... esa soberanía de la que disfruta como constructora de narrativas es la más compartida de todas; a su modo la ejerce también cualquier silencioso vecino de Xochiapulco a quien basta una mirada para clasificarla como [una] ‘gringa entrometida’..” En segundo lugar, Halperin Donghi postula que este primer mal entendido oculta otro de más bulto: “de ver a las narrativas ajenas como productos históricos dotados, a lo sumo, de validez relativa a su marco histórico, y a la propia como válida de acuerdo con el más antiguo criterio de verdad que la define como adecuación de la idea a la cosa (...) En suma, [nos dice] mientras Donna Rivera puede tener opiniones acerca de esos huesos, Florencia Mallon está segura de que sabe la verdad sobre ellos (...) Si Mallon teme beneficiarse injustamente con un exceso de poder no es entonces porque descubra que, en ese diálogo que no llega a ser tal, ella tiene la última palabra, sino porque está convencida - aunque se abstenga de confesarlo aun a pesar de sí misma - de que esa palabra se funda en un saber más sólido que el de su antagonista.”³⁴

No deseo terminar expresando una suerte de juicio conclusivo sobre el tópico del acecho del positivismo. Como se ve apenas he podido esbozar varias posiciones en discusión sobre este asunto. En vista de que el historiador produce un saber indirecto o inferencial, la manera en que

34. Tulio Halperin Donghi, “Campesinado y nación”, *Op. Cit.*, pp. 522 y 523.

conceptualiza e interroga la evidencia resulta de crucial importancia. Como nos recuerda Halperín Dongui, la evidencia puede devolverle la mirada al historiador. En vista de que el historiador actúa constreñido por lo que alguna vez fue (Ricoeur), importa entonces escudriñar la evidencia o fuente huella de qué es. Volviendo al tema de Xochiapulco, en un nivel importa saber de qué son huella los huesos que aparecieron enterrados en la plaza de este pueblo; en otro nivel interesa saber de qué es huella la afirmación de Rivera respecto a que dicha osamenta tuvo nacionalidad austriaca y francesa; y, finalmente, de qué es huella la aseveración de Mallon de que dichos huesos no son europeos sino mexicanos.

Me parece que el enfoque subalterno puede resultar de gran provecho para interpretar las huellas antes aludidas a condición de que tomemos en serio la advertencia que preconizaba Gyan Prakash³⁵ en el sentido de que la comprensión de los estudios subalternos no puede verse limitada al espacio surasiático, que inicialmente fue objeto de su atención, tampoco puede ser globalizada sin más. Por el contrario, remarcaba, y aquí me uno a su caución desde la región andina, tenemos el imperativo de que su traducción ocurra entre líneas.

35. "Subaltern Studies as Postcolonial Criticism", *Op. Cit.*, p. 1490.